

La segunda generación

JOAQUIN RABAGO

T IENEN entre catorce y dieciocho años. Se llaman Mehmet, Ivan, Giorgos, Antonio. Sus pasaportes los señalan como extranjeros: turcos, yugoslavos, italianos, griegos, tal vez españoles. Eso es lo que dicen los papeles. Otra cosa, sin embargo, es lo que ellos se sienten. Hay incluso quien nunca estuvo en la que se supone su patria, y sólo la conoce a través de alguna postal o alguna foto que mandaron los parientes que quedaron atrás. Otros, más afortunados, vuelven por un mes cada verano al pueblo de los padres. Pero allí son siempre "los alemanes". Aunque tengan la piel y el pelo rizado y negro, y hablen el idioma de la familia. Hay algo en su forma de vestir, de comportarse, de relacionarse con los demás, que los hace diferentes. Y ellos tampoco tratan de disimularlo. Incluso les gusta. Les produce una cierta vanidad, les hace sentirse en cierto modo superiores. Ellos no tienen ya nada o muy poco que ver con ese mundo de corrales, de caminos de polvo y solaneras. Ellos son ya hijos de la dinámica Europa del Norte, del desarrollo. Y no manifiestan esa actitud ambigua de sus padres, que emigraron porque en casa no habría qué comer y que volverían otra vez si pudieran abrir un pequeño negocio, aunque fuera modesto, que les permitiera seguir adelante.

Tienen entre catorce y dieciocho años. Una edad difícil. Sobre todo para los que se llaman Mehmet, Ivan, Antonio, en un país donde los Franz, los Rudi o Johann son mayoría. Ellos, pese a lo que digan los papeles, se tienen por tan alemanes como el que más. Ellos sí. Pero no los Franz y compañía. Para éstos, son sólo los hijos de los "gastarbeiter", de esos paniaguados que llegaron del Sur allá por los años cincuenta y los primeros sesenta, y que si entonces fueron una indudable ayuda para un país necesitado de mano de obra a bajo precio y sin sindicarse, hoy son más bien un estorbo. ¿Cómo podrían los hijos de esos griegos o yugoslavos ser alemanes, como lo son Fritz o Ernst?

Delincuentes a la fuerza

Las estadísticas —ya se sabe— son siempre algo distante y frío: cifras, cocientes, porcentajes. Hay,

pese a todo, estadísticas que duelen. Como esas que publicaba "Der Spiegel" hace poco y que se refieren a los Mehmet, Ivan o Giorgos. A la "segunda generación": los hijos de emigrantes, nacidos y crecidos en Alemania. Los que hoy están en esa edad crítica entre los catorce y los dieciocho. Que han salido de la escuela o están a punto de hacerlo, y no han encontrado aún, en la mayoría de los casos, el primer trabajo. Estadísticas las citadas por el semanario hamburgués, referidas a la delincuencia juvenil dentro de ese grupo de hijos de trabajadores extranjeros en la RFA. Que señalan, por ejemplo, que si entre 1975 y 1977, la criminalidad de los jóvenes aumentó en aquel país en un 25 por 100, el aumento fue incomparablemente más alto en el caso concreto de los hijos de emigrantes.

Así, en Stuttgart, donde el índice de delincuencia dentro del grupo de esos jóvenes "extranjeros" de entre catorce y dieciocho, superó en un 80 por 100 al de alemanes

de la misma edad. O en Hannover, donde cometieron un 60 por 100 más de robos o delitos sexuales.

Sin embargo, y esto es lo más significativo, si se excluye ese bloque de edad, por lo que se refiere al resto de los emigrantes, el índice de criminalidad está por debajo de la media alemana. Y ello a pesar de unas circunstancias especialmente difíciles para los "gastarbeiter". Porque, según el Instituto Alemán de Investigaciones Económicas, la reducción de puestos de trabajo entre 1973 y 1976 incidió en un 40 por 100 sobre la mano de obra importada. La cual no llega, sin embargo, al 10 por 100 del total de la población activa en la Alemania Federal.

¿Cómo explicarlo? No hay más remedio que volver a las estadísticas si queremos entender algo de lo que les pasa a Giannis o a Antonio. Porque ya nadie puede creer en la determinación puramente biológica de la delincuencia. Sobre todo, cuando eso de la igualdad de oportunidades no pasa de ser una her-

mosa frase hecha. ¿Por qué, si no, sólo un 28 por 100 de los niños extranjeros encuentran plaza en los jardines de la infancia, frente a un 72 por 100 de los alemanes? ¿Por qué una cuarta parte de los hijos de emigrantes no acuden con regularidad a la escuela, y no llegan en ciertos "länder" a la mitad los que terminan? ¿Por qué afecta el paro juvenil de modo especial a los hijos y, aún más acusadamente, a las hijas de emigrantes?

He ahí, a modo de interrogantes, si no las causas directas, sí al menos algunas de las circunstancias favorecedoras de ese escandaloso incremento de la criminalidad juvenil dentro de la segunda generación de emigrantes. Aumento que puede intensificarse a partir de ahora, según los sociólogos. Y es que Mehmet, Giorgos o Antonio viven una continua contradicción. Entre lo que ven en el cine, en la pequeña pantalla o en la publicidad de la calle, entre las expectativas que se han ido forjando poco a poco —la sociedad de consumo, naturalmente— y las oportunidades reales que luego encuentran. Los obstáculos con que continuamente se topan, las puertas que, una tras otra, se les cierran.

Mientras se hallan bajo el manto protector de la familia, el conflicto permanece latente. Para estallar cuando el muchacho trata de independizarse, deja la escuela y comienza a buscar trabajo. Todo un mundo que se habla creado se le cae encima. La salida más fácil, casi diríamos que natural, es la delincuencia. Y a partir de ese momento se produce el círculo vicioso. El joven, antes o después, es detenido y enviado a la cárcel. Después de cumplir condena, le resulta todavía más difícil encontrar ese trabajo que no pudo conseguir antes. La rehabilitación social se vuelve difícil, cuando no imposible. Además, para colmo de males, la Oficina de Extranjeros puede decidir, acogiéndose al artículo 10 del Decreto de Extranjeros, su expulsión del territorio alemán. Basta el que haya sido condenado por delinquir. Y poco pueden hacer en ese caso sus defensores. Los funcionarios se justifican: "Aquí siempre será un peligro social, y no podemos permitirnos esos lujos. Que se rehabilite en su patria". ¿Su patria? ¿Un país al que sólo le unen ya unos papeles? ¿Donde, por no tener, no tiene ya siquiera a sus padres? ■



Los hijos de los emigrantes, esa segunda generación, serán siempre extranjeros, y como tales, discriminados.